

R. P. Fray Mario Petit de Murat O.P.

RETIRO DE PENTECOSTÉS

HE VENIDO
A METER FUE
GO EN LA TIÉ-
RRA ¿Y QUE
HE DE QUERER
SINO QUE AR-
DA? S. Luc. XII. 49



www.traditio-op.org



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

“La Pascua de Pentecostés festeja la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y corresponde a la fiesta judía de los Tabernáculos, en la que se conmemora la entrega de las Tablas de la Ley a Moisés.

Pentecostés es la fiesta predilecta de las almas espirituales y contemplativas, porque es la fiesta de los carismas, de las nobles inspiraciones, de las íntimas consolaciones, la fiesta del huésped divino del alma cristiana, el Espíritu Santo”

Dom Andrés Azcarate O.S.B.

RETIRO DE PENTECOSTÉS

I

La vida es lucha constante y debe ser lucha magnífica, a veces con hombres que van en nombre de Satanás.

¡Cerrad, apretaos, porque cercan las tinieblas y hace falta el silencio! El alma es siempre virginal. Cuántas veces creemos llenarla con miserias y sólo la envolvemos en la peor sepultura que podemos darle, el mundo. En estos días egregios, cerrad las puertas y quedad en vuestra celda interior a solas con Dios. Os lo suplico. Que no sea éste un acto sino una vida. Que salgáis con intención de ser auténticas cristianas.

Hay que poner ese ascenso hacia el fuego y la Paloma. Esta repetición de Pentecostés es una misericordia de Dios. Nos salvamos por esa gracia de Dios que desciende a nosotros.

Si a este sacerdote se le dio el gustar las delicias del silencio fue para que pudiera darlo a las almas. Debe dar este denario, no enterrarlo. Es en el silencio donde la voz de Dios se hace sentir y donde el alma pronuncia su palabra.

—“¿De qué te vale, Violaine, vivir ciega”.

—“En mi soledad, siento vivir todas las cosas”.

Esto es lo que dice la criatura redimida. Es urgente colocar lugares de silencio, de bálsamo, de perfume de Dios.

Cristo es silencio. Todas las purificaciones son para eso, para que el alma florezca en el callado nombrar de todas las cosas. Dios quiera que un día gocéis de la muerte. De allí se levanta uno al verdadero nacimiento; allí sabemos que todo lo que nos rodea ha nacido para morir, que todo muere como nuestro cuerpo. En ese momento sabemos que lo único vivo es el alma, y frente a ella, Dios. Que todo nos dejará. ¡Yo solo, ante Dios solo! ¡Frente a mí, sólo la inmensa presencia de Dios! Todo lo demás cae como ropaje viejo, y de allí nace la auténtica resurrección. A Lázaro lo sacó de la tumba para que dijera a los judíos: “Todo lo que estáis viviendo es muerte, pues su valor definitivo es morir: Aquellas flores, aquel hijo, aquel amigo, pasarán. Solo el alma es inmortal”.

Santa Teresa solía orar con esta sola palabra: “Eternidad, eternidad, eternidad...” Con esto se recuperaba íntegramente en ese gran silencio en que el alma está suspendida sobre todas las cosas que pasan como sobre las copas de los árboles. No sé porqué compadecemos a los muertos. Son ellos quienes nos compadecen. Así, Epulón ansiaba dar a los vivos su mensaje.

Hijas, quiero que aspiréis al silencio con la misma fuerza con que aspiráis a Dios. Hay que traer los monjes del desierto al mundo. Hacer callar a las criaturas para que Dios hable. Callad y confiad en Dios, y en la medida en que se acentúe la confianza,

crecerá la fortaleza. Poseéis a Dios de tal manera que tenéis que darlo a luz. Tenéis que devolverle su divinidad aquietando vuestras potencias para descubrir el Germen que pugna por crecer.

¡Cómo todo se hace lúcido, cómo la voluntad es potente, cómo penetra la inteligencia todas las cosas cuando la imaginación está a nuestros pies y el alma callada escucha en el monte santo al Único que tiene Palabra!

Estoy convencido de que el misterio de misterios es la Encarnación. Todo el fin insólito de este Dios es darse al hombre para remediarlo todo y hacer resplandecer su gloria. Que resplandezca la gloria de Dios en los ángeles, es algo que no nos parece tan extraño, pero que resplandezca en este barro es un hecho que hace brillar al máximo la gloria de Dios. En este esperarnos, buscarnos, es donde se manifiesta más su misericordia. La infinitud de Dios se manifiesta más que nunca en su misericordia.

Dios quiere encarnarse en tí, asumir tu modo para hacerlo divino. Quiere tu modo, para que sea una nota en el inmenso concierto de lo creado. Quiere que seas la criatura restaurada como recién salida de su boca. Se entrega de tal manera a tí en una donación plena, como ves cada día en la comunión, para que tú lo devuelvas con tu modo, que no es dado por tí sino por Él.

No tienes que ser un santo sino “tal santo”. Eres maravillosa en la intención divina, deslumbrarás a los ángeles con tu belleza. En la medida en que te desconozcas, actuará Dios en tí y llegarás a ser esa nota querida por Dios. Ignórate. Silencio de tí en tí. Ansias de ignorancia de tí, de liberación de todo. El Verbo se encarnó en María en quien estaba contenida toda santidad posible, y eso quiere desgranarse en miríadas de hijos, y el misterio de Dios se repite: Ese Germen naciendo en tí en medio de la noche.

Os pido que aunque volváis al mundo, no estéis en el mundo. Oíd la oración de Jesús: “Padre, os ruego, no que los saquéis del mundo, sino que los preservéis del mal”.

Tenéis que salir del silencio para llevar silencio a las sienes cansadas. Seréis como la Magdalena santificada, que rompe su vaso de nardos para que el perfume se esparza impregnando todo el ambiente. Que vuestra presencia dé paz, sosiego. Restaurar las cosas en su primera belleza. Debemos quitar la melancolía de Jesús que se expresa en este reproche: “Las cosas no eran así en un principio”.

II

Amadas hijas: Debemos entrar en Pentecostés que existe desde que nos bautizaron. Se planteó entonces en nosotros un gigantesco conflicto, un luchar de la verdadera vida y de la verdadera muerte. Cuanto más arrojemos de nosotros la idea de que lo que es muerte es vida, más facilitaremos el ascenso del fuego, el deseo santo.

En Dios hay un intenso circular de vida. Dios nos aspira, nos está engendrando con gemidos. ¡Qué ingratitud ser materia que no responda a tanta sollicitación divina!

Al final de cuentas, los misterios de Dios son tan simples como Dios mismo.

Quiso que hubiera íntima comunicación entre Dios y el hombre y entre el hombre y Dios, y lo estableció en la Iglesia, sobre todo en los Sacramentos. Mas no basta. Dios quiere dialogar con nosotros como con su Verbo. Quiere que seamos hijos en quienes se mire y encuentre respuestas; es necesario que la voluntad lo abrace, lo haga suyo y responda con inteligencia. Todo Sacramento quiere engendrar respuesta, convertirnos en palabra de Dios, no con la boca sino con la vida entera.

Ser María, sin resquicio para sí; volver en todo a Dios. En María el diálogo era perfecto. Nada tenemos que no provenga de Dios. Ser criaturas vibrantes porque somos bautizados.

En el cumplimiento de la voluntad divina hay etapas. La labor activa de la fidelidad es ahora desmoronar toda la construcción en que buscábamos moradas hechas con lo temporal. Queríamos detenernos en las cosas que pasan, que van a la muerte. No os puedo decir, hijas, hasta qué punto tenemos que ser desvelados y no hacer caso a toda esa porción del ser desgajada en el vacío. Seamos vigorosos porque nunca como ahora navegó el mundo en el vacío. Tenemos que ser respuesta, mantenernos en la llamada y abrazarnos como zarza que no se consume. Poner allí nuestro rostro hasta deslumbrarnos.

Dad por descontado de que estáis asistidas, de que Dios permanece siempre y os busca: 1º Porque somos suyos y si nos desgastamos, Él quiere rehacernos; 2º Por ser compasión; 3º Porque es donde manifiesta sus atributos de la manera más deslumbrante. Es Él quién viene y vuelve sin fatigarse como una marea continua para llevarnos a la plenitud de María.

Toda la mejor rama de la humanidad, gimiendo, se corona en María. Viene desde Adán penitente, que gracias a su penitencia tenemos el Mesías. Y luego por la vehemencia del fuego de los Patriarcas que tenderán hacia Dios en la mayor soledad, tenemos este Pan amasado con sus lágrimas y esa María que es la plenitud de lo que Dios quiere de nosotros. Se obtuvo así el desposorio de Dios con la criatura en forma tal, tal fue la unión de la Riqueza con la miseria, que no hay Riqueza que no fuera mía, ni miseria que no fuera Suya.

Dios se encarna en nosotros. Si encuentra miserias aprobadas, hay pasión, ya que su gloria está en nuestras manos. Nosotros estamos haciendo a Dios. ¿No veis cómo se dice: “Ese cristiano hace las mismas cosas que nosotros, ¿de qué sirve el cristianismo?” Cuando la traición no es tan grande, Dios está en el sepulcro; el denario está enterrado y no manifiesta su gloria. Pero cuando Dios se encarna en la criatura que carga con sus miserias como con su cruz, que carga con sus llagas queriendo dar descanso a Cristo, entonces se entabla el diálogo de alegría, el cauce se abre, el fuego asciende y la criatura se convierte en Cristo que visita con su paz, su gozo, su fortaleza, a todos los hombres. Pentecostés se ha cumplido, el Espíritu Santo puede reposar allí; el desposorio está consumado. Se ve que Dios es el Ser más lógico, hasta tal punto asumió el modo de la criatura humana, que ya no se sabe si ella es divina o si Dios es humano.

Pensad en esto: Que aquello que costó penitencia y obediencia de hombres, cuesta ahora penitencia y obediencia de un Dios. La Encarnación se ha consumado. El fuego que se encendió en la humanidad es una parte del que se encendió en María, que tuvo plenitud de gracia. Cristo padeció para que los tiempos se abreviaran y para que tú

podieras hacerte así, como Él quiere que seas. La seguridad de que Dios quiere eso, ansía eso, nos está urgiendo.

Verlo todo en la unidad de Dios, simplificar todo cada vez más resumiendo todas las virtudes en la Caridad, y realizaremos aquí la unión a que somos llamados. Si no la frustramos por el pecado mortal —claro que no— este proceso se cumplirá. Si no aquí, por nuestra voluntad, en las mazmorras del Purgatorio. En el Cielo no entra sino quien entró en las entrañas de María. Ella engendró el Cristo total. Si no lo hacemos aquí en diez años, quizá lo haremos allí en cien, mil años, que para Dios los años no cuentan. El fuego puesto en tus entrañas tendrá que subir y consumirlo todo. En aquel momento veremos que todo lo nuestro tendía hacia Dios, no tenía otro centro ni otro nombre que Dios.

La inteligencia está hecha para la verdad y la verdad es Dios. Esta alma bramará como brama la caldera llena de leña, y ella misma quemará esa costra, vengará a Dios en sí misma, pero sin crecer. En cambio aquí, si convertimos nuestras miserias en pasión, nos vamos purificando, crecemos bañando en caridad la Iglesia.

¡Qué hermoso abrazar este fuego de Pentecostés! Decid a esos hombres trasnochados que si existen es porque se encendió ese fuego que ellos desprecian. Cristo se apoderó del mundo cuando ya el Padre lo desechara. Se cumplió la Parábola de la higuera: “¿Quieres que corte esa higuera que no produce fruto?”. “No, espera, la podaré...” Es lo que hizo Cristo con nosotros. Pentecostés es la realidad cristiana. Es nuestro propio bautismo que quiere engendrar la unión de lo humano con lo divino, como en María.

III

Creedme que vuestras almas me provocan. Quiero transmitir esa realidad humana. Ese Dios infiltrado en la realidad humana. La Gracia es una realidad, y no son las miserias las que la detienen. Cristo está ahí, en lo que somos, no en lo que podemos ser, operando silenciosamente y nosotros estamos con Él, convirtiéndonos en una alabanza del Padre.

En estos días leí un libro que me hizo profunda impresión. Es un libro crudo que muestra cómo las miserias no detienen a Dios. Es “El Poder y la Gloria”. Me dejó anonadado el ver cómo las miserias no detienen a Dios, cómo puede haber un santo en un cura borracho. Creedme que sufro al no poder expresar cómo Dios está en esta carne, haciendo santas sus profundidades. Pentecostés no cesa, está en la iniciación del nuevo día para llegar a la plenitud de María. Crear una Virgen para que pueda reposar un Dios, que ya está allí.

La labor de la Gracia es para que no pidamos nada a las cosas, sino que sepamos que nosotros llevamos la verdadera vida, la Vida con mayúscula. No seamos como ese pobre cura que llevaba el peso de Dios y no lo sabía.

Vosotras, hijas, entended que es bueno saber descifrar los tiempos de Dios dentro nuestro, fuera nuestro y en la Iglesia. “Sabéis cuándo lloverá y cuando habrá

buen tiempo, pero no sabéis...”

Conocemos las cosas mínimas: el paseo, el vestido, la comida a punto, cosas muertas si no las llevamos a Dios.

Debemos saber qué día amaneció hoy. La Esposa de Cristo está desolada, pidiendo mendrugos de arte al mundo que nada tiene para dar. En Ella, la engendradora de arte, falla el canto. El Verbo es canto y dio a luz el canto que es el alma que adora, alaba, pide. Estas cosas son confesionales y han decaído, yaciendo por tierra. Y de aquellos magníficos coros de cien, doscientas voces de monjes, apenas si se encuentran tres, cuanto más ocho religiosos reunidos para cantar la palabra de Dios. La voz de la Esposa ha callado y los hijos están sin Pan. El canto en la Iglesia es el alma de la Iglesia.

¡Qué equivocados estamos cuando creemos que la Iglesia necesita falanges que corran! Pero, ¿dónde está el refugio, dónde podrán reposar para volver al mundo, dónde, si no existen las torres de Dios que son los monasterios? ¿Dónde beberán la luz? ¿En ellos mismos, en sus correrías? Eso debe ser el desbordamiento de la criatura que murió y resucitó con Cristo y va a redimir a sus hermanos. Nuestro Señor mismo empezó así, la Sma. Virgen es el monasterio intacto: allí reposó Él su cabeza durante treinta años, para salir luego a predicar tres años. A Dios hay que beberlo, encontrarlo para saberlo dar. ¿Qué daré, mi palabra? Sería blasfemia. Así son de estériles esos trabajos. Convertirán cuando el fruto esté sazonado. Para tener a Dios hay que morir. A mayor muerte, mayor resurrección. ¡Oh, hijas de mi alma! Creedme que me siento respaldado por la Iglesia entera al deciros estas cosas.

Para tener buen clero se necesitan conventos y todos los santos vieron la necesidad de los monasterios. Vieron la necesidad de dar ambiente apropiado al sacerdote para que el sello divino pueda fructificar. Allí es donde se hace visible lo que los Sacramentos entrañan, en esa vida sobrenatural.

Pocas veces fuí al campo; fuí a casa de un Cura Párroco. Una casa de tantas, igual que cualquier otra, un aparador común; en la mesa, la misma carpeta y un centro horrible, muebles comunes a cualquier otra casa. ¡Qué ambiente para un sacerdote, para un hombre que ya no es hombre, sino Cristo, con todas las potencias de Cristo! ¿No se hubiera sentido más sacerdote, en un ambiente apropiado: Primero la biblioteca, luego el oratorio al lado del dormitorio, que debe ser una celda?

Engendrar religiosos es engendrar clero, engendrar cristiandad, la Encarnación cumplida.

Esta es la hora. La Iglesia está desolada; recibe tantos golpes y está tan crucificada, sangrando, unida a Cristo doliente, y la respuesta de esta Verónica es poner alma, carne y sangre para que el sacerdote y la religiosa vayan hundiéndose en Dios.

“Vano es levantaros antes que la luz”. ¿A qué os afanáis si no amaneció la luz? ¿Qué dais, palabras, ruido que no hace más que aumentar el ruido del mundo? Descansad en Dios y cuando El haya besado vuestras sienes, levantáos y daréis luz.

A la Orden de Predicadores está confiada la belleza de Dios. La paz, a los

Benedictinos. A los Franciscanos, la pobreza. A unos se les confió el fuego, a otros el reposo; a ésta, la luz.

El mundo de hoy sirve a la estulticia. Nunca se vio despojamiento de la razón como ahora. El hombre moderno crucificó a la Sabiduría encarnada y así está de embotada la inteligencia. Por eso buscarán a Santo Tomás, porque ahora viene el predominio de lo sobrenatural.

La característica de la escuela jesuítica del siglo XIX era la de evitar el pecado. Fue una preparación a una auténtica cristiandad. La cosa nueva de Cristo es el depósito del Espíritu Santo en nosotros, que se despliega en nuestras almas. Viene ahora el despliegue de la Orden de Predicadores que da luz. En ella todo se hizo racional.

Dios quiera que haya logrado explicar algo de lo que quiero decirles. Dios es una realidad palpitante. No habla con palabras sino con las cosas, acontecimientos, circunstancias. No estamos solos, por favor. Lo ofendemos cuando no sabemos interpretarlo todo en Dios. En Él todo se vuelve luz.

Ya conocemos una de las Epifanías: El día en que se manifiesta como Niño. Esa Epifanía es para los que tienen el corazón muy puro. Se la poseerá cuando estemos muy purificados.

La segunda, en el bautismo de Jesús, cuando el Padre lo proclamó su Hijo muy amado.

La tercera, en su primer milagro: es un desposorio y no hay vino. Por intervención de María hace llenar seis odres con agua pura y la convierte en vino. Y oís el reproche: ¿“Porqué reservaste el mejor vino para el final?” Ese seis y el agua pura significan el esfuerzo del hombre por purificarse. El seis es el número del hombre y el agua pura es la imagen de la Verdad. Pero el Señor no se queda aquí, esto lo troca en vida.

Los mandamientos son casi todos negativos, como el vaso que nada contiene, es sólo posibilidad de contener. La moral no constituye propiamente el cristianismo. Es imprescindible, pero es sólo disposición. Al no hacer el mal: no matar, no fornicar, sólo estoy haciendo el vaso y sería estéril si no pasara de allí. No pequé, pero ¿hice el bien? En las virtudes morales no está todavía Dios.

Hijas, es necesario comprender lo que cuesta entender. Muchos no son cristianos sino “deistas”: “Dios no necesita de nosotros”. ¿Cuándo comienza Él a convertir el agua en vino que es manjar suave al Padre? Cuando comienza a emerger la visión de la fe. Comenzamos a vivir de manera fervorosa lo que la boca de un Dios dijo. Entonces vemos lo que transforma al hombre. Un Dios llagado, mendigo de tí, dependiendo de tí; un Dios tirado, hijas, que si quieren pisotearlo pueden hacerlo. Tiene las manos clavadas por amor a tí. Está como ese niño dormido con sus brazos abiertos y su pecho descubierto que cualquiera puede herir. Entonces un gran amor avanza. Un Dios me necesita, un Dios herido me llama. Dios quiera, hijas mías, que seáis visitadas así como cuando el sol se levanta y va aclarando todas las cosas, poniéndolas en su justa medida. Esta pequeñez que parecía envolverme está a mis pies y el llamamiento avanza hasta que tú eres el poderoso y Dios el necesitado.

Si tú no embalsamas sus heridas, allí quedarán; piénsalo bien. Cuando fue un cadáver colgado de un palo, un Dios así, rígido, frío, sin vida, colgado de un palo (y no estuvo un minuto sino tres horas), Él no descolgó sus manos para curar sus heridas; allí quedó con su sangre hecha una sola masa con su cabellera y con los escupitajos. Y si no hubiera sido por Nicodemo y José de Arimatea —que siempre surge un José— allí habría quedado. ¡Mirad si el Señor hace en serio las cosas!

Vivamos a Dios. Si vamos a visitar, sepamos hacerlo. Si es un pobre llagado, besemos sus llagas, que Cristo hizo mucho más por nosotros.

Cuando estoy devolviendo su divinidad a Dios es cuando el agua comienza a fermentar con algo que no es ella; es cuando el agua se convierte en vino. Todo cambia. No pedimos nada a nadie sino damos a todos. Descubrimos al Niño gimiendo en cada alma. Mas para llegar a esto es necesario adquirir conciencia del fuego que nos asiste. Como San Pablo, que no hubieron sufrimientos ni persecuciones capaces de abatirlo y exclamaba: “Si Dios conmigo, ¿quién contra mí? Todo lo puedo en Aquél que me conforta”.

¡Oh hijas mías! ¡La olvidada pasión celestial de la Esperanza que nos hace dioses! La Esperanza es fuego, Pentecostés que nos hace correr hacia la Noche, hacia la Gruta, hacia la Virgen, y en su centro está el Niño. La Esperanza es la potencia distinta que está en nosotros. La jubilosa Esperanza que troca la vida en canto y el canto es la vida de Dios. Con ella descubrimos que el paraíso está a nuestro alrededor.

La pasión que hunde al hombre es el miedo. ¡Qué cosa rara el cristiano que teniendo a Dios dentro, teme horizontes y acechanzas que no existen!. Hacemos muy mal de tener zozobras por el mañana que nos viene de Dios. Nada malo puede venir de sus manos que son toda luz, todo amor. Estad tranquilas que todo lo que viene de Dios viene siempre con su bagaje de gracias. Los males sólo están en nuestra imaginación. En la imaginación estoy yo y en la realidad, Dios. No cavilemos cosas que no son y no dependen de nosotros. Dios es maravilloso y sus cosas simples. ¿Qué pasó con los Apóstoles? Visitados por el Espíritu Santo perdieron su miedo, todo cambió en ellos y corrieron hacia Dios y hacia sus hermanos.

Mirad a los primeros cristianos: Una niña de trece años enfrenta sonriendo el martirio, sin perder la paz y el gozo.

No temáis, el Señor venció al mundo.

IV

Os suplico, haced un gran esfuerzo y todo será desmesuradamente recompensado. Pon toda tu atención en este Dios que palpita en tí, en mí, como tu sangre, tu aliento. Dios es buenísimo, un bien infinito infiltrado en la última fibra del hombre. Dios es eso: es aire, está en tu sangre hasta parecer tu sangre, está en tu alma. Nada puede penetrar allí. Estamos solos con respecto a las criaturas, solo Él está en nosotros. Creo en Dios Padre Todopoderoso. CREO: eso está influyendo en nuestras

vidas, y por nuestra salud el Hijo se hizo hombre en las entrañas de una Virgen.

Todo es santo menos el pecado que es la cosa santa convertida en podre.

Tres son los castigos que brotan del pecado. Muerte triple —siempre el número tres es cosa cumplida—: la privación de Dios, la pena de los sentidos, el quedar a merced de las criaturas. No queramos estar en estas últimas.

La pena de los sentidos es el estar a merced de la imaginación. No hay bestia más ensañada ni atormentador más cargoso que la imaginación; pone a veces agua, otras fuego, otras alegría, otras temor. Y no creáis que es fácil vencerla. A la mano puedo decirle ven y viene, pero a la imaginación no; hay que conocer su naturaleza para dominarla. Eres de Dios, no dejes penetrar allí las criaturas mientras la paz quiere nacer en tu alma. ¿Tenéis horror al infierno? Tenedlo a la imaginación. Si está desmandada es el infierno: las pasiones crean allí quimeras, fantasías que parecen realidades y no lo son.

¿Y quedaremos a merced de las criaturas? No; la voluntad es soberana y las cosas de afuera no deben entrar en ella. “Mientras estés aquí, reconcílate con tu hermano, no sea que te ponga en manos del juez...” El no vencer una pequeña antipatía es estar a merced de las criaturas ¿Te sofoca el calor? Busca superarlo. ¿Una persona te exaspera? Vence esa antipatía y sabe que detrás te aguarda el paraíso.

Ved cómo toda la vida es profesión teológica: el cielo y el infierno están incoados en esta vida.

Hijas, Dios es profundamente humano. Si buscáis ternura, la encontraréis en Aquél que palpita en vuestra sangre y allí os espera. Os voy a decir algo insólito, algo que os llamará la atención: Dios tiene olor. Dios tiene el olor de todos los aromas más exquisitos, tiene el perfume de las almas. No hay flor más exquisita que las almas. Bendito el sacerdote a quien se han abierto estas flores y ve que no existen bellezas como éstas.

El cielo y el infierno están incoados en nuestras almas. Uno muy dentro y el otro afuera, como costra que se desprende, cuando ves que esto no es tuyo, que lo tienes, pero que no es tuyo. “Yo pensé, yo sentí”. No, tú no eres eso: son andrajos enredados a tus pies; eres nueva y no conoces tu belleza, porque no has subido al ápice de tu mente, y el agua aún no se convirtió en vino.

Por algo, en la Creación, lo que hizo Dios el primer día fue separar la luz de las tinieblas. En ese mundo de tu alma por el que Dios daría todo el universo para conquistarlo, no deben estar juntas las tinieblas y la luz ni, —permitidme la comparación un poco fuerte—, el pus con la sangre.

Es bueno, sin embargo, que la imaginación y las pasiones te zarandeen (están en tu alma, pero no son tuyas, entiéndelo bien). Jesús estuvo así, cubierto de toda suciedad, pero Él estaba dentro y no dejaba de ser el Hijo del Padre. Así está planteado el drama teológico en tu alma. Esa criatura vieja que cae pedazo a pedazo bajo la acción de la Gracia; todo aquello por lo que Jesús no ora. Y Dios está en tu magnífica alma que crece cada día, en ese martirio que clama en las miserias: “Esto no, sino Tú”. E

inmediatamente se produjo el milagro de la resurrección, resurrección ganada en esa misma muerte. Cuando crecemos así es cuando vamos tomando el sabor de Dios, en quién están todos los deleites, ya que hasta los sentidos se gozan cuando gozamos a Dios.

No nos quedemos en las virtudes morales, sino vamos a las teologales. Aquellas no son amor de Dios; dejemos el “no” para entrar en el “sí”. Llevar Dios a Dios. Las virtudes teologales pueden resumirse en: “¡Te amo!”; “¡Ama y haz lo que quieras!”

Hijas, entonces así, sabed deslindar lo que es de Dios en vosotras y por lo tanto vuestro, y lo que no es de Dios y tampoco vuestro y subirá el fermento en el agua pura.

Todo cristiano que busca la perfección es de alguna manera sacerdote.

Los actos propios del sacerdote son cuatro. Los veremos luego.

V

Creédmelo, un impulso que viene de regiones insondables nuestras, nos traspasa y va al Padre. Más de una vez, porque estamos al pie de la cruz, esa alabanza pasa a través de nosotros, y es gran desdicha que no se encarne en nosotros y se haga consciente.

La cuerda pulsada son nuestras miserias. Valemos como un Cristo crucificado porque tenemos miserias, las miserias no consentidas y sí conocidas. Si no las hubiera, no habrían esas notas distintas que encantan a los ángeles. Recordadlo siempre: Cuando aceptamos las miserias crucificamos a Cristo; cuando las rechazamos, estamos crucificados con Cristo. La miseria indica que algo me falta. La transgresión terminó, pero queda el tatuaje como un llamamiento a Dios. Veamos las palabras de San Pablo que son para meditarlas hondamente: “Me gloriaré en mis flaquezas”. Él, lleno de la potencia de Dios. Mis flaquezas me dan la certeza de que soy criatura, de mi no ser. Soy un puro depender de Dios.

Lo único realmente mío son mis miserias. No sé si tengo buenas obras, por lo menos no sé el valor que tienen ante Dios. Si hice una obra buena, es seguro que recibí gracias para veinte. Cuando estemos en la otra vida, nos asombrará el torrente de gracias con que continuamente nos inundó Dios.

¡Qué bello es Dios! ¡Cómo nos ha visitado en lo que realmente somos! Sólo nos pide el reconocimiento de nuestras miserias. Para crucificarnos no hace falta luchar contra nadie sino con nuestras pasiones que son las que nos hieren. Trae aquí tus miserias, cuidando que en medio de ellas ardas en deseos, y ellas se convertirán en notas suavísimas al Padre; en un “Ven, te necesito”.

El acto eminentemente sacerdotal de Dios es poner su Palabra en la miseria. ¡Qué maravilla, la miseria humana nombrando al Padre con su Palabra! Son cosas para reventar. ¿Veis cómo la criatura que toma esta actitud se convierte en sacerdote? Si come a Cristo, Cristo se prolonga en ella.

Es necesario que nos convirtamos en una pura alabanza del Padre, a quién el demonio pintó como austero, pero no así su Hijo. Dios nos espera.

¿Es que dejaremos, hijitas, a Cristo sin manos, sin pies, sin una llaga? ¿No sabes que cuando Él padecía, en tal llaga estaba tu rostro? Eres herida de Cristo, porque ultrajaste su obra, su Palabra. Comprende que una marea de Preciosísima Sangre, bien bermeja, salobre, con un sabor especial, está ascendiendo en tí; porque eres llaga y vacío, asciende. Esa Sangre Purísima, total alabanza del Padre.

Cuando comulgas, el éxtasis del Padre y el Hijo está en tí. Qué momento cuando Jesús se extiende en tí y dice al Padre: “Ámala con el amor con que me amas”. Y el Padre te ve y te ama en el éxtasis de la Trinidad. Es así; poco importa que lo sientas, poco importa que estés alegre o triste, fervorosa o en la mayor aridez; esto no toca al misterio, que es así y nada más. ¡Qué bueno que no exista más ese yo que no es yo, al que le dí un nombre que no merece! ¡Tú eres Cristo! ¿Habéis visto la vehemencia del fuego, cómo danza en su ímpetu por elevarse? Ese es tu interior en Cristo, porque perteneces a Cristo. Es el Espíritu inenarrable que está en tí y tú no lo sabes.

Qué bello es todo, hijitas. Creedme que los ángeles intensifican su arrobamiento en este hecho: El desposorio de Dios con nuestras llagas. Es algo que anonada a los ángeles. Es allí donde canta Dios.

Qué locura la de Dios: Se fijó en nosotros porque somos nada viviente. El abismo llama a Dios, tiene voz y lo llama: Nuestras llagas y nuestras miserias.

El cristiano es cristiano cuando en la tribulación actualiza su fe. Es entonces cuando corre más ardiente la Sangre de Cristo. ¿Sabéis lo que es la criatura dolorida que se pone vertical y canta? Creedme que los ángeles suspenden sus cantos. Cuando dice “Quiero y no puedo”, en el “quiero” está Dios, en el “no puedo” la miseria humana unida a Él. Es maravilloso. ¡Oh, la criatura visitada! Si supieras el don de Dios, habrías abierto la boca de tu silencio y no harías más que beber. ¡Qué bello es Dios y qué simple es todo en Él! “¡Qué oscura parece la tierra cuando acabo de contemplar el cielo!”

Estamos tratando de descubrir el interior de Cristo que es lo que se nos ha donado. Vino a la tierra para hacerse visible, palpable, por una condescendencia de su divinidad. Porque sabía que estábamos absorbidos por lo visible, se hizo visible. Más luego nos dice. “Es necesario que me vaya”. Con el encanto de sus milagros, de su Presencia, éramos atraídos hacia fuera, no hacia nuestras almas, donde Él quería reinar. Por eso se fue, para que viniera a nosotros el Espíritu Santo que estaba en Dios.

Los motivos de la Ascensión son dos: 1º Colocarnos como órganos inmediatos del poder divino y 2º que descubramos a Dios dentro. Colocar la Palabra de Dios de tal manera en nosotros que lleguemos a ser Palabra de Dios. Y esta palabra es alabanza; que toda nuestra vida sea alabanza porque toda nuestra vida está llena de Dios. Cuanto más estamos en Dios, más verdaderos somos. Ser cada una la nota que Dios quiere que sea. Como cada alma no puede contener íntegramente a Dios, cada una es una palabra distinta y el conjunto revelará al Padre.

La alabanza es propia de la inteligencia y la inteligencia es el coronamiento del ser humano. La alabanza es la razón de ser del sacerdote, es la Eucaristía y está en cada una de vosotras porque sois bautizadas, amáis a Dios y queréis agradecerle. Es lo que da valor a todo lo que hacéis, sea caminar, coser, leer, todo. Esto se llama en la criatura adoración, bendición; cuando no sus palabras, sino su vida toda nombra a Dios, cuando se pierde en Él, olvidada de sí misma. Cuando se acuerda de ella, puesta en Dios, se llama acción de gracias. La humanidad de Cristo, en cuanto Dios, era pura alabanza; y en cuanto hombre, una pura acción de gracias.

¡Con cuántas maravillas nos rodea Dios; no puedo decirlo la belleza de cada rostro, lo que es el movimiento de una mano! ¿Sabéis las conexiones, la sabiduría puesta en juego para obtener los movimientos de una mano que con tanta presteza obedece a nuestro menor deseo? ¿Lo habéis pensado alguna vez? Y lo que es la naturaleza. ¡Creedme que el canto de los tres jóvenes en el horno es destañido al lado del cántico de alabanza del universo entero! ¡Lo que es una flor: una flor es un ángel! ¡Lo que es un lirio: la materia transfigurada por algo que no es materia! Y hay quien pregunta si existen los ángeles. ¿No vieron nunca una flor? Si no somos felices es porque somos ciegos: al purificarse los ojos, sólo se ven motivos de júbilo. Tendríamos que estar en éxtasis continuo. Y si subimos a las regiones sobrenaturales, es para caer de rodillas.

Hijas muy amadas: Dios es buenísimo. No temamos. Basta encontrar el silencio y la paz para que en el fondo encontremos a Dios; sea en el consuelo, sea en la aridez, allí está Dios. Sepamos que cuando baja es para levantar, si da muerte es para resucitar. Todo es para provocar nuestro crecimiento hacia Él.

¡Qué luminoso es el Señor! Simplicísimo... Sólo nos dice: “Te amo, te daré felicidad... pero a mi modo, no al tuyo”.

VI

Hijas amadas: queremos descubrir el interior que no conocemos. La tierra fue abierta por gran surco y una semilla insólita fue puesta en vuestras almas.

¿Habéis visto cómo una semilla de alpiste, de trigo, tienen tanta virtud para germinar? ¡Lo que será entonces, el poder de este Germen divino!

Somos incrédulos, agrietados de par en par, surcados por el arado y Dios gimiendo en nosotros, nos localizamos sin embargo en las cosas más insignificantes y creemos que eso es todo. Y lo inmenso, lo inconmensurable, lo grande, nos deja indiferentes.

Estamos llamados a ser criaturas nuevas; si eras sensual, serás la criatura más casta; si eras irascible, te harás mansedumbre de Cristo. Eso es el Bautismo. No terminas contigo misma y es hora de hacerlo, porque no eres nada por tí misma y eres en lo profundo de Dios que está en tí. Es necesario que la palabra de Dios se cumpla en tí. El está haciendo una Jerusalém maravillosa y tú tienes allí tu parte. Debes ser arcilla dócil en sus manos. Es necesario creer en Dios y vivirlo, no sólo decirlo.

No sabéis hasta qué punto la falsa humildad entorpece la acción de Dios. Es fácil decir: “Soy así y no podré cambiar”. No, la verdadera humildad es nada, sedienta: “Quiero ser lo que Tú quieres; no soy, pero quiero ser”. Esto nos abre un interior de fuego que está en nosotros. Está en nosotros como no estamos nosotros en nosotros. Cuando estamos en esa actitud, entramos en ese fuego que no se ve pero que es constante, tanto en la sequedad como en el fervor. Entonces sabemos que Cristo está allí realizando lo que siempre hizo: Alabanza y acción de gracias, que son la verdadera oración.

La oración no es palabra, sino una vida entera, un progreso del Espíritu en nosotros, invadiéndolo todo y convirtiendo todo en palabra de Dios. Nombrar a Dios en el trato que demos a todas las cosas, con olvido de nosotros mismos: Eso es oración. Estamos equivocados cuando hacemos división entre la oración y nuestra vida. Es necesario convertirte toda tú en palabra, en exhalación, en fuego. Todo es santo y hay que llevarlo a Dios, restaurarlo todo, sin excluir nada.

Todo es sede de amor y sabiduría divina. Todo, absolutamente todo, es santo. Ofendemos a Dios cuando creemos que creó cosas que pueden avergonzar. Si hay cosas reservadas es porque son sagradas.

El cuerpo es vaso del alma, el alma vaso del espíritu y el Espíritu es Dios. Y como prolongación del cuerpo están las aves, las flores, el agua. Todo es adorable; el hombre desvió las cosas como Caín, que quiso esconderse de Dios y allí mismo, en el fondo de su refugio, encontró su Faz.

Toda la vida entera debe ser sagrada porque todo es templo de Dios menos el pecado que es la cosa atroz, la muerte. Todo lo que no es pecado es santo. Dios tiene a su diestra a la virgen y a su siniestra a la casada. La fecundidad de la virgen, que es mayor porque es fecundidad del espíritu, va a la casada que tiene la fecundidad de la carne. Uno es estado de perfección y otro es Sacramento, y todo es oración y todo es rito.

Nada es bochornoso, todo es así para que el templo de Dios esté lleno de belleza. A unos encomendó unos afanes y a otros, otros.

Toda vida debe ser “palabra” porque procede de la Palabra. Todo debe ser ojos virginales, recién nacidos, sin sombra de muerte, que las pasiones son muerte.

¿Veis porqué la cristiandad está coronada por el Pontífice? Porque es necesario el oferente para que lleve todo a Dios. El universo todo es Sacramento y está ofrecido a Dios.

El inicuo será quemado al pie del altar por su propia iniquidad. Al correr está corriendo a reconocer que Dios es el Alfa y el Omega y nadie puede escapar a Él.

Estamos equivocados cuando creemos que la materia no es más que barro. No es barro porque está fúlgida y transparente. Ved como tomada por el alma del árbol se hace transparencia y tomada por el alma del ave es saeta brillante y ardiente sobre la pureza del cielo. Dios lo traspasa todo, y así estás traspasada tú.

Y el sacerdote está como la única cosa verídica sobre la tierra.

El título, la razón de ser de Cristo encarnado fue poner un Pentecostés entre la Santísima Trinidad y el hombre. El acto de Cristo es esencialmente sacerdotal. Puso el Verbo en la carne para que nombre al Padre y haga sacrificios: Sacrificio, algo sagrado. Hizo que el universo, escapado del Padre vuelva a Él por sus manos sacerdotales. La cristiandad tiene como acto primordial el ofrecimiento al Padre: Somos el pueblo santo y el sacerdocio real.

Ofrecedlo todo, que el Padre lo desea para que pueda circular la vida. No dejéis que nada no sea Sacramento. Vuestra Misa sea vuestra vida. Ofreced hasta vuestras miserias, que son el lugar en que Cristo actúa para devorarlas. Es allí donde se vuelca su divinidad.

Que tu vida sea diálogo con el Padre, levantamiento en llamas de adoración. Trata a Dios como que está en tí, no como Caín. No esconderse nunca de El. Todo en El. Y las caídas, convertirlas inmediatamente en un “Ven”.

Hijas, estamos a las puertas del día en que, con un viento impetuoso, lenguas de fuego se posaron sobre los Apóstoles. Fue en el mismo sitio en que se ofreció la primera Misa, cuando se ofreció por primera vez la Sangre y el Cuerpo de Cristo partido por nosotros.

Aquel fuego es oscuridad y frío comparado con el que arde dentro de nosotros. Hay ansiedades que no se explican, aspiraciones que no se sabe adonde van. Todas buscan a Dios. El está en el Pan, donde se da a nosotros y crece en el cuidado de la lámpara interior que se nos confió, que es lo único que poseemos. Somos morada viviente de un Viviente. Mi vida no es esta relación con lo que me rodea. Es un diálogo, un coloquio en que todo el cielo viene a mí y todo lo mío debe ir al cielo. Con Jesús vino el cielo entero.

Somos el centro de un conflicto en que mi libertad no es más que una regulación. Queramos o no, somos universales; cada paso abre un boquete. Soy el centro disputado y lo seré cuando se realice una ascensión de dentro afuera.

Toda nuestra vida debe ser oración: Dios con nosotros, Dios en nosotros.

El Hijo es alabanza, ese nombrar siempre al Padre. Antes en Sí, luego como alabanza en su Encarnación.

Tened un espíritu así, que ascienda como incienso; más, como llamarada. Una vida que no viva en la conveniencia de esto o de aquello, sino del querer de Dios. Sé que Dios está aquí: que me sostiene, que me ama.

Una vida que ascienda al Padre y si encuentra un dolor, cantará más pues verá la oportunidad de darle el mejor tributo, la reparación: “Señor, esta herida la produjo yo— o mi hermano que es lo mismo—, y arde ahora. Yo me uno a la satisfacción de vuestro Hijo que calmó la sed del infierno”. Es un puro gozo, no ya el gozo de la criatura sino de Dios que se da.

Es la bienaventuranza el no perder la paz en el momento de la tribulación, en que me hieren las cosas más queridas; estoy gustando aquello para llegar a la vida. Se me fue aquél ser querido que estaba echando raíces en mi vida sin que yo lo notara. Y se restaura todo, y vuelve el orden; el alma en Dios y no en las criaturas. El acto central de Cristo, la alabanza, está allí. Por eso la Iglesia canta alabanzas y la Misa es alabanza y el Padre Nuestro empieza con la glorificación del Padre.

Pureza es no sólo la del cuerpo sino total, que toda alma es virgen. Por eso el alma no puede saciarse con cosas de la tierra. Es el dolor el que va reconstruyendo todo. Vuelve a levantarse el edificio por el magnífico arquitecto que es Dios. El alma crece a través de los dolores en que se va purificando, dejando hojarascas que no son tuyas. Es el porqué del desposorio de Cristo con el dolor. Un dolor aceptado es la criatura que actualiza su ¡Ven!

¿Sabéis lo que será ver a Cristo enojado con nuestro sufrimiento? Todo es Él. Nos encontraremos en una llaga de la mano o del costado; veremos a Cristo enriquecido con el padecimiento de los que llegaron a entenderlo, que se encontrarán en su Faz y en su Cuerpo transfigurado.

Cuando se anuncia un dolor, debían sonar clarines. Es la alabanza desplegada, sin suelo donde pisar, estriados como columnas que sostienen el mundo.

¡Cómo se arremolinan los ángeles alrededor de una criatura sufriente porque es una prerrogativa que ellos no tienen! “Prerrogativa”, oídlo bien. Podemos engendrar santos y ellos no pueden. Podemos engendrarlos en el dolor; basta un dolor aceptado para que algo nazca y algo crezca. Ahora, no hay palabras para describir lo que es cuando ofrecemos nuestros sufrimientos por aquél que nos hiere. ¿Sabéis lo enojadas que quedáis? Entonces sois Cristo, porque eso hizo Cristo. Entráis en la faz creadora. Antes erais un puro nombrar, ahora nombráis haciendo. Es donde se ve a Dios tierno, como nunca, porque es necesario como nunca.

Bien, hijas; y esta alabanza, que es el acto único de Jesús, que así nombra al Padre; y a nosotros, cuando es acción de gracias, se derrama y recoge las almas; y llena de bienes la tierra cuando es impetración.

Alabanza —Acción de gracias— Impetración.

Cuando estéis en acción de gracias en la comunión, tratad de hacerlo así: “Te adoro, te glorifico, alabo y bendigo”. Pensad para ayudaros, en este atributo de Dios: Simplicidad. Él es simple, lleno todo Él de un solo acto de perfección que encierra todas las perfecciones.

Olvidaos de vosotras mismas y haced vuestro el acto de Cristo sacerdote. Os suplico que salgáis con la convicción de que la cristiandad es una sola cosa. No aquí el clero, allí los religiosos, allí los fieles. No; no hay otra cosa que Cristo Pontífice y la irradiación de ese Pontífice. Y los actos son actos de Pontífice, de sacerdote: Traer las cosas del cielo y llevarlas todas al cielo. Ansiad vosotras ser sacerdotas para estar coronadas de santos sacerdotes. No os quejéis de los sacerdotes que tenéis, que son fruto vuestro, fruto del ambiente. Todo debe convertirse en cosa santa y viviente y entonces

tendremos santos sacerdotes. Entre los primeros cristianos el fiel era tan sacerdote como el sacerdote, era una cosa con él y una cosa con Dios. Un solo cuerpo, un solo espíritu, un solo sacrificio.

¡Qué simple es una consagración! Reiterar las promesas del Bautismo para que los lazos que nos unen a Dios se hagan deliberados. No hace más que reiterar el Bautismo en las distintas etapas de la vida. Es cuando la vida se convierte en esa ofrenda voluntaria, en esa respuesta, ese retorno al Padre. Es cumplir la aspiración que puso el Padre al asumirnos.

La consagración es eso: El acto deliberado de una voluntad de re-ligar todo a Dios. Es cuando la vida cristiana toma todo su vigor. Por los medios humanos nos damos para estar en ese depender de Dios.

Que la comunión sea un acto de puro abandono. Prometed a Dios que vais a confiar en Él, que os recostaréis en Él; que la caída no será más que para reforzar el entusiasmo, levantaros como nuevas. Siempre tenéis que ser nuevas porque El que está en vosotras es siempre nuevo. En Él no hay fatigas ni derrotas.

Cumplir el ¡Abba, Pater!, ese gemido inenarrable, en nosotros. -

Fray Mario José Petit de Murat, O.P.
(Predicado en 1953)

Portada: Detalle de un diseño del Padre Petit en tinta, tempera y cartulina, circa 1953.